

IV. MISIÓN DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, UNIVERSIDAD, EMPRESA

Reflexiones sobre la labor docente en un centro universitario de la Compañía de Jesús

Francisco José Martínez Estudillo¹

Esta sencilla aportación al número especial dedicado al profesor José Juan Romero de la *Revista de Fomento Social* pretende reflexionar sobre la tarea docente en un centro universitario de la Compañía de Jesús.

La reflexión se centra especialmente en los principios básicos que han de inspirar y motivar la labor del profesorado, principios conectados con la identidad y misión de nuestros centros universitarios. El posicionamiento interior, la actitud y el talante en el ejercicio de la actividad docente son el centro de estas líneas, más que el análisis de los aspectos técnicos asociados al proceso de enseñanza-aprendizaje.

Son numerosos los documentos en los que la Compañía de Jesús ha ido exponiendo con rigor y profundidad todos los aspectos relacionados con la universidad y su identidad y misión, así como el modo de proceder para hacerlos realidad. Este trabajo no pretende realizar una síntesis de todas estas reflexiones, ni tiene la pretensión de presentar ninguna aportación novedosa sobre este tema. El texto solo expone mi visión sobre lo que significa ser docente en un centro universitario de la Compañía de Jesús, visión basada en la experiencia vivida como docente y especialmente en lo recibido y compartido con otros compañeros durante estos años.

I. La formación en los centros universitarios de la Compañía de Jesús

Aunque la Compañía de Jesús nace en medio de un ambiente universitario, en un primer momento, Ignacio no incluyó entre los objetivos fundacionales la actividad académica institucionalizada. Sin embargo, el carisma fundacional consistía en *discurrir y hacer*

¹ Profesor titular de Matemáticas. Universidad Loyola Andalucía.

*vida en cualquier parte del mundo donde se espera mayor servicio*². De forma casi natural, Ignacio y sus compañeros, sin renunciar a su mística originaria misional, pronto comprendieron que los colegios y las universidades constituían un instrumento excepcional para llevar a cabo estos objetivos y decidieron hacer de la educación una *prioridad apostólica*.

Actualmente, la Compañía sigue considerando a la universidad, en sus múltiples dimensiones, como lugar privilegiado para el desarrollo de su misión. La razón fundamental por la que la compañía reconoce a las universidades este papel reside en la capacidad que ella posee para transformar a la persona y, a través de ella, a la sociedad. Así, el criterio de evaluación de cada uno de los proyectos universitarios en los que la Compañía está implicada radica en lo que lo que sus estudiantes lleguen a ser.

La identidad de la universidad, su modo de ser y de proceder y el cumplimiento de su misión dependen en gran medida del modo de ser y de proceder de sus profesores. La manera en la que éstos desarrollan su actividad tiene una repercusión decisiva en la formación de los estudiantes y en lo que éstos lleguen a ser tras abandonar la universidad e iniciar la carrera profesional.

Intentamos transmitir a nuestros alumnos el por qué, el para qué y el cómo poner en práctica sus conocimientos desde postulados de naturaleza ética y desde los principios y valores del humanismo cristiano. Sin embargo, todos somos conscientes de que este objetivo no se alcanza solamente incluyendo determinadas asignaturas en el currículum académico. Son los profesores, con su experiencia, su comportamiento y su actitud los verdaderos artífices de esta transmisión de valores.

Por este motivo, el profesor y su actividad han de estar en el corazón de nuestras instituciones. La reflexión continua sobre su tarea, la manera de llevarla a cabo, el análisis de las dificultades con las que se encuentra y el diseño de los apoyos y orientaciones que necesita para superarlas es esencial para el cumplimiento de la misión.

La labor formativa llevada a cabo por la Compañía de Jesús en sus centros universitarios parte de unos principios básicos que orientan y definen toda la actividad. El decreto sobre la vida universitaria de la Congregación General 34 (1995) definió cómo concibe la Compañía su tarea universitaria a partir del binomio "universidad" (sustantivo) – jesuita (adjetivo). Este binomio expresa con claridad dos dimensiones que han de estar siempre presentes y sirve de ayuda para articular el desarrollo de la actividad universitaria en sus múltiples dimensiones.

La definición y el significado del sustantivo y del adjetivo se expresaban de esta forma:

El sustantivo garantiza el compromiso con la autonomía fundamental, la integridad y la sinceridad de una Universidad, precisamente en cuanto universidad: un lugar de serena y abierta investigación y discusión de la verdad. Al mismo tiempo, indica los objetivos propios

² *Constituciones de la Compañía de Jesús* [304].

de toda Universidad (investigación, enseñanza, diversos servicios consecuentes a su misión cultural) como horizonte y contexto indispensable para la auténtica conservación, renovación y comunicación del saber y de los valores humanos.

En cuanto jesuitas, buscamos el conocimiento por sí mismo pero debemos interrogarnos de continuo sobre "el para qué del conocimiento" (...). Esto significa la participación genuina de toda Universidad autodenominada jesuítica o de toda Universidad que funcione bajo nuestra última responsabilidad, en la identidad y misión fundamentales de la Compañía. Aunque queremos evitar toda instrumentalización de la universidad o la reducción de su misión a una única meta legítima, el adjetivo "jesuítica", con todo, requiere de la Universidad armonía con las exigencias del servicio a la fe y la promoción de la justicia.

Merece la pena recordar en este punto al Padre Arrupe cuando afirmaba convencido de que *aplicar la espiritualidad y los principios ignacianos es el mejor modo de hacer de nuestras universidades algo característico*.³

En esta misma línea, en los discursos universitarios del que fue General de la Compañía de Jesús, P. Kolvenvach,⁴ podemos encontrar un principio constante: *para conservar la identidad jesuítica de la universidad, tenemos que hacer que nuestro trabajo docente permanezca siempre unido a la espiritualidad ignaciana que lo inspira*.⁵

De esta forma, y sabiendo que la universidad tiene un valor en sí misma y no puede ser instrumentalizada ni utilizada para otros fines, se trata de inspirar la misión propia de la universidad desde la identidad y la misión de la Compañía de Jesús para que tanto el sustantivo "universidad" como el adjetivo "jesuita" sean siempre respetados.

También para el docente, el binomio anterior marca las coordenadas fundamentales que han de dirigir su trabajo y sirve de criterio para el discernimiento en el desarrollo de la tarea académica. Interrogarse por el fin último y el sentido de toda la actividad universitaria es la mejor forma de abordar los numerosos dilemas que aparecen con frecuencia en el día a día del quehacer universitario.

2. La vocación del docente

La docencia es parte esencial de la dedicación del profesor y constituye uno de los instrumentos privilegiados para la formación de los estudiantes. Realizar la tarea docente con la profundidad necesaria exige una sólida vocación. Interiorizar esa vocación es clave para asumir la propia tarea con «ánimo y liberalidad», más allá de la cuantificación en créditos o del cumplimiento de determinados indicadores.

³ ARRUPE, P. 1987.

⁴ Sus textos más significativos han sido recogidos en: KOLVENVACH, P.-H. (2008) *Discursos universitarios. Selección e introducción*: AGÚNDEZ, M., Madrid, UNIJES-Provincia de España de la Compañía de Jesús.

⁵ Discurso de P.-H. Kolvenvach a la Asamblea de Enseñanza Superior de la Compañía de Jesús, Georgetown, junio de 1989.

A continuación, me atrevo a señalar algunos principios básicos que han de estar presentes en la actividad desarrollada por el profesorado en un centro universitario de la Compañía de Jesús.⁶

- *El servicio a los alumnos y alumnas es la razón de ser de la actividad docente.* Es a ellos, a quienes se debe el docente y no a ninguna especie de «contrato» cuantificado de horas y créditos. La dedicación a personas desborda todo cálculo. Haciendo memoria de la vieja «Ratio studiorum» de la Compañía de Jesús, se trataría de dar prioridad a la llamada «cura personalis» (atención cordial a cada persona) que debe distinguir la pedagogía de un centro jesuítico-ignaciano. El profesor ha de estar atento a descubrir las especiales cualidades o dificultades de los estudiantes, interesado personalmente por ellos y dispuesto a ayudar al desarrollo del potencial interior de cada alumno en particular. Aunque la docencia se organiza en grupos de alumnos y las actividades de aprendizaje y evaluación se dirigen al conjunto del alumnado, la atención y el seguimiento del progreso de cada estudiante debe de ser una constante.
- La actividad docente es un instrumento para la consecución de la misión de la universidad. Por tanto, para el cumplimiento de la misión docente, *lo que importa es lo que los alumnos lleguen a ser.* Se trata, en definitiva, de no confundir medios (docencia) con fines (aprendizaje). Oímos con frecuencia: *los alumnos aprenden para aprobar, no para la vida.* Hemos de dar la vuelta a esa escéptica convicción: cumpliremos nuestra misión si nuestros egresados –en una proporción razonable– *viven mejor, de otra manera, para los demás.*
- En el proceso de enseñanza–aprendizaje se dan *aprendizajes explícitos e implícitos.* Estos últimos, que configuran el «currículo oculto», son los más efectivos y son los que suelen quedar en el recuerdo del alumnado como experiencia relevante. El profesor influye en los discípulos, no solo por la materia que imparte o los conocimientos que transmite, sino como modelo de identificación: por lo que dice, por lo que es, por sus inquietudes, por el modo de tratar y de comunicarse con los alumnos, por la forma como se deja ver a sí mismo. Los alumnos, en una edad todavía plástica para actitudes vitales, aprenden del comportamiento de sus profesores para sus comportamientos futuros. Si el programa tiene 14 temas, el tema 15 –el más importante– somos nosotros mismos. Hay que estar muy atentos al «área de las sorpresas»: una cosa es lo que creemos que transmitimos y cómo pensamos que somos percibidos y otra lo que realmente sucede. Tras el paso por la universidad, en cada estudiante, quedará grabado de forma especial el recuerdo de las personas que ha conocido y con las que ha interactuado durante este tiempo. Serán los compañeros de clase y los

⁶ Tomamos en este punto algunas de las ideas expresadas en “La Identidad y Misión en la docencia de la Universidad Loyola Andalucía”, documento de trabajo para seminarios del personal docente e investigador (2016). Este documento tomó como base para su elaboración el titulado “Compromiso del docente”, realizado en el año 2006 por la Comisión de Docencia de ETEA, presidida por el profesor José Juan Romero.

profesores quienes permanezcan de forma especial en el recuerdo, por encima de otros aspectos, como el detalle de los planes de estudio cursados, las instalaciones o los sistemas de evaluación.

- *Los docentes deben ser percibidos como buenos profesores.* No basta con tener la conciencia tranquila; debe notarse. El aprendizaje es un proceso cognitivo-intelectual, pero también de *inteligencia emocional*; de ahí la gran importancia de las *competencias relacionales*. Por eso tenemos que aspirar a ser queridos por nuestros alumnos, o si se prefiere, cordialmente aceptados por ellos; pero hay que conjugar eso con la eficiencia. Espíritu de servicio, ayuda percibida y docencia eficaz van indisolublemente unidos. Ser positivamente valorado por los estudiantes no es incompatible con el rigor y la exigencia del profesor en su desempeño.
- *El docente está siempre aprendiendo*, abierto a nuevos cuestionamientos en su reflexión sobre los temas que trabaja y expone y en la interacción con sus alumnos. Este aprendizaje continuo se realiza de diferentes formas y es provocado por fuentes diversas. El contacto con los compañeros de asignatura, departamento o facultad y el trato con los estudiantes son las más relevantes. Esta característica hace de la profesión docente un lugar único para la renovación y el aprendizaje constante.

3. Valores en juego en el compromiso del docente

No existen valores sin un concepto ideal previo de persona

Sabemos que en toda enseñanza se transmiten valores y que no existe una enseñanza que sea neutra. En el trabajo docente hay *multitud de ocasiones* para transmitir estos valores en la relación con los alumnos, tanto dentro como fuera del aula. Es importante aprovecharlas, para evitar el peligro de enseñar sin educar. Examinar brevemente a diario esas ocasiones para constatar si han sido perdidas o aprovechadas puede ser un excelente ejercicio de mejora pedagógica.

A continuación se expresan algunos valores que deben estar presentes en la actividad del profesor, con su correspondiente contravalor y un lema-resumen:

- a) *Objetividad*: tratar a todos los beneficiarios del proceso docente con criterios uniformes, homogéneos, justos y con la menor ambigüedad posible. *Reglas claras, juego limpio.*
- b) *Cooperación*: la acción en común es más eficaz que la acción individual y por tanto mejora los procesos de aprendizaje. El proceso de formación debe de ser una tarea compartida por el equipo docente. La coordinación de las actividades desarrolladas por cada asignatura y la evaluación de esta coordinación es imprescindible para alcanzar los objetivos formativos establecidos. Cualquier proyecto formativo necesita de la cooperación entre los agentes que intervienen en el mismo. *La unión hace la fuerza.*

- c) *Flexibilidad*: el entorno es complejo y cambiante. Sin duda, no solo cambian las disciplinas académicas y las formas de enseñar y de aprender, sino los propios estudiantes que pasan por las aulas y que han de ser el centro de nuestra actividad son diferentes cada año. Este entorno dinámico exige una actitud dispuesta a vencer las inevitables inercias y las resistencias al cambio, siempre abiertos a abandonar las propias zonas de confort para buscar la mejora continua. *No hay aprendizaje sin cambio.*
- d) *Exigencia*: necesaria con respecto a sí mismo para trabajar con rigor académico, y con respecto a los alumnos para que sean conscientes de su responsabilidad. La exigencia no está reñida con la cercanía y la cordialidad en la relación con el alumnado. No existirá un progreso y crecimiento personal y profesional sin esfuerzo y exigencia. *No vale cualquier excusa.*
- e) *Personalización y empatía*: ponerse en el lugar del otro, escuchar y tratar con esmero, eficacia y cordialidad a los beneficiarios del proceso docente. El alumno no es un nombre en una lista, ni un número. Hay que atender las circunstancias personales objetivas, unir la exigencia y la comprensión. *Me interesa tu persona, no solo tu aprendizaje.*
- f) *Claridad y transparencia*: no hay nada que ocultar. La claridad y la transparencia son las formas de contrarrestar actitudes de poder por parte del profesorado y de evitar conductas oportunistas. *La clase, el despacho, los exámenes son de cristal.*
- g) *Responsabilidad institucional organizativa*: la actividad docente no es una actividad meramente individual sino que se realiza en el marco de una organización en la que se requieren conductas responsables y solidarias con otras actividades y el cumplimiento de las normas académicas establecidas. *El aprendizaje es cosa de todos.*
- h) *Coherencia*: todos los valores deben formar un sistema. Cada docente y el marco organizativo han de ajustarse adecuadamente con el fin de evitar comportamientos contradictorios entre lo que se dice y lo que se hace. La coherencia en todos los niveles organizativos y de responsabilidad es imprescindible. *No pidas al otro lo que no puedas hacer tú mismo.*
- i) *Humildad*: los profesores aprenden; son alumnos de su propio proceso, de su actividad, de los conocimientos que imparten, de sus propias dudas, de las preguntas de sus alumnos y de cómo éstos aprenden. Humildad ante los alumnos y humildad ante los compañeros. *Enseñando se aprende.*

Todos estos valores han de estar presentes en el trabajo diario de cada profesor y, especialmente, en aquellos docentes que tienen además responsabilidades académicas relevantes de dirección y gestión en la universidad: directores de departamento, responsables de títulos, decanos y vicedecanos, vicerrectores y rector.

4. Exigencias y retos

La actividad de cada profesor universitario se desarrolla en cuatro dimensiones fundamentales: la docencia, la investigación, la gestión académica y la presencia social. Cada una de ellas tiene en un contexto específico que define sus características y exigencias concretas, unas de carácter interno definidas por la propia universidad en su funcionamiento (normativa interna, requisitos de promoción, estructura de gestión académica,...) y otras externas, derivadas del sistema universitario al que la universidad pertenece (agencias de evaluación y acreditación, sexenios de investigación, requisitos de la convocatorias de proyectos, ...). Además de la exigencia y complejidad que esta actividad multidimensional supone ya de por sí para cualquier profesor universitario, en el caso de las universidades de Compañía de Jesús, la tarea ha de llevarse a cabo con unas determinadas características y valores. Estas características y el conjunto de valores que han de estar presentes en su desarrollo diario, son ya de por sí, como hemos visto en los dos epígrafes anteriores, un reto muy exigente y su cumplimiento exige constancia, creatividad y compromiso

En este contexto, derivado del binomio Universidad (sustativo)–Jesuita (adjetivo), se enmarca el trabajo de todos los que nos dedicamos a la tarea formativa en los centros universitarios de la Compañía de Jesús y de él surgen los numerosos retos que aparecen en el quehacer diario del profesorado. Quizá los más relevantes a mi juicio y desde mi experiencia sean los siguientes:

- *La multidimensionalidad y la búsqueda del punto de equilibrio.* El primer reto es armonizar las distintas dimensiones de la tarea universitaria y desarrollarlas en el tiempo disponible. No siempre es posible organizar y distribuir en el tiempo cada actividad. Aunque algunas de ellas, como la docencia, se rigen por un calendario académico definido previamente y normalmente constante cada año, no ocurre lo mismo con las actividades de investigación, gestión o presencia social. Es frecuente la concentración de actividades en cortos periodos de tiempo que exigen un esfuerzo considerable al profesor. Así, la programación del tiempo y la intensidad y esfuerzo dedicado a cada tarea se convierte en un problema multi-objetivo de difícil solución, en el que no existe lo que en términos matemáticos se denomina “óptimo global” o “solución ideal” que maximice todos los objetivos. Aun simplificando el problema, y reduciendo a dos las dimensiones: la docencia y la investigación, la gestión del tiempo para llevarlas a cabo de manera óptima sigue siendo un problema complejo.
- *Especialización y formación integral.* La empleabilidad de los egresados es esencial para la viabilidad económica y la supervivencia de la universidad. El mercado laboral exige, cada vez más, profesionales con un alto nivel de especialización y con unas determinadas características que no siempre coinciden con el perfil de formación integral que hemos definido para nuestros estudiantes. Conjugar la demanda procedente del mercado laboral y profesional con la formación que mira a la persona

inspirada por valores evangélicos es un reto creciente en estos momentos. Los diseños curriculares de cada plan de estudios y la configuración de las asignaturas sufren esta tensión que se traslada posteriormente al profesor en el aula y en su trabajo con los alumnos.

- *Las limitaciones del contexto.* El diseño y la planificación que cada profesor ha de realizar para el desarrollo de cada asignatura está limitado por el contexto organizativo en el que tiene lugar su actividad (planes de estudio, normas académicas, limitación en los recursos,..) y hacen que el profesor no siempre pueda realizar y llevar a cabo el proyecto formativo que ha diseñado. El tiempo de cada asignatura está limitado y existen unos contenidos que han de desarrollarse en el tiempo establecido por la organización de la universidad. Las normas académicas y organizativas, aun siendo necesarias, no siempre permiten al profesor desplegar su actividad según la pensó.

5. Conclusión

Tras lo expresado anteriormente, no hay duda de que la tarea docente tal y como está definida en un Centro Universitario de Compañía de Jesús es una tarea exigente, aunque a la vez plena de sentido.

Tanto la misión que ha de inspirar y guiar a la Universidad *formar hombres y mujeres para los demás*, como la complejidad de la actividad que ha de desplegarse para llevarla a cabo, suponen un reto para todos los que trabajamos en las Universidades de la Compañía de Jesús.

Vivir estos retos y exigencias desde la vocación y el servicio quizá sea la clave para abordarlos y conseguir que el resultado final merezca la pena.

La doble dimensión “universidad” (sustantivo) y “jesuita” (adjetivo) establece el contexto en el que se desarrolla la misión, da sentido pleno a nuestra actividad académica, nos orienta en la manera de llevarla a cabo y es criterio de discernimiento en los numerosos dilemas que suelen aparecer en el día a día.

Pero, más allá de los documentos publicados que ayudan a definir y orientar la misión de la universidad, o de los encuentros que a diferentes niveles se organizan para presentarla y compartirla, resulta decisiva la existencia de las personas que en cada institución hacen realidad en su comportamiento y desempeño la identidad y los valores que nos orientan. Personas en las que nos miramos, que nos inspiran y que se convierten en referentes para todos nosotros.

En la institución a la que pertenezco, antes ETEA y ahora la Universidad Loyola Andaluza, hemos tenido la fortuna de contar con personas, jesuitas y laicos, que con su compromiso, actitud y comportamiento han sido ejemplo constante para todos nosotros. El profesor José Juan Romero es uno de ellos. José Juan reúne en su persona, en

su trayectoria profesional y en su vocación universitaria una serie de características que hacen de él un referente para muchos de los que hoy nos dedicamos a la tarea universitaria en la Universidad Loyola Andalucía y que tenemos la suerte de estar a su lado. De hecho, muchas de las ideas y mensajes expresados anteriormente sobre “el modo de proceder” del profesor universitario, tienen su origen en lo que el profesor José Juan Romero nos ha ido transmitiendo, de forma explícita o implícita, en los años en los que ejerció su labor docente en ETEA.

Sirva este breve artículo de la *Revista de Fomento Social* como sencillo y sincero reconocimiento al profesor jesuita José Juan Romero, en quien hemos visto hechos realidad los principios que inspiran la identidad y misión de la enseñanza universitaria de los centros de la Compañía de Jesús.

6. Bibliografía

AGÚNDEZ AGÚNDEZ, M. (2008) “El paradigma universitario Ledesma–Kolvenbach”: *Revista de Fomento Social* 63, 603–631.

ARRUPE GONDRA, P. (1987) *Hombres y mujeres para los demás*. Documentos dirigidos a los antiguos alumnos de la Compañía de Jesús. Barcelona, Sarrià, Asociaciones de Antiguos alumnos de Caspe y Sarrià.

KOLVENBACH, P. H. (2008) *Discursos universitarios*. Selección e introducción, AGÚNDEZ, M., Madrid, UNIJES–Provincia de España de la Compañía de Jesús.

MARGENAT PERALTA, J. M. (2008) “*Iustitia*: educar para una ciudadanía responsable”: *Revista de Fomento Social* 63, 651–669.

— (2010) *Competentes, conscientes, compasivos y comprometidos, La educación de los jesuitas*. Madrid, PPC.